

cion y excelencia de ingenio que tenia, y con la continuacion y conato que ponía, y con aquella luz soberana que le daba el Señor, vino á leer y á sumar y recopilar casi todos los autores de casi todas las dificultades, y á ser tan eminente en todo género de letras como fué, sin habérselo podido estorbar las muchas y muy graves ocupaciones, tan contrarias al estudio, que tuvo toda su vida, sirviendo á la Iglesia y ayudando al bien comun. Porque cierto, mirando los autores que leyó, y lo que supo, y las ocupaciones y trabajos que tuvo, andando tantos años en suma pobreza por hospitales, y no estando de asiento en un lugar, parece cosa increíble, si Dios nuestro Señor particularmente no le hubiera favorecido é infundido gran parte de lo que sabía, para que con ello más le sirviese é ilustrase la Compañía. Y pasando en silencio otras cosas que en confirmacion desto se podrian escribir, basta decir que estando en el colegio de Padua, y siendo retor, y predicando y confesando, y atendiendo á otros negocios graves, le acontecia pasar un tomo de las obras del Tostado en muy pocos dias, y hacer extracto dél con extremada exaccion y diligencia; y que predicando y ayudando cada dia de una cuaresma en Basan, pasó en ella todos los tomos de los concilios. Y este pasar y hacer extracto de los libros que leía, no era sin atencion y consideracion; ántes me decia á mí el padre maestro Salmeron que cuando leía y trasladaba lo que el padre Lainez habia escrito y sacado de los libros, que muchas veces hallaba algunas palabras ó sentencias, y que, por no entender él á qué propósito las hubiese escrito, se lo preguntaba al mismo padre, y que él respondia: «Con esta sentencia y palabras se confuta la tal herejía, y se confirma lo que se determinó en tal concilio, y se responde á la tal objecion»; y otros propósitos admirables que habia tenido en escribirla, en los cuales el padre Salmeron no habia caido. Mostró bien la grandeza de su ingenio y doctrina en los sermones que predicó por toda Italia, y en las disputas que tuvo con los herejes en Francia, y en las respuestas que dió, de palabra ó por escrito, á muchas dudas de cosas gravísimas que se le preguntaron, y más particularmente en el concilio de Trento, de la manera que queda escrito. Siendo niño, tuvo gran deseo de alcanzar el dón de la sabiduría; despues, siendo mancebo, le pidió muy de véras á nuestro Señor; y siendo ya varon, le alcanzó de manera, que ponía admiracion á los hombres muy ingeniosos y letrados que le trataban, y más á los que lo eran más. Pero, aunque su ingenio era excelente para todas las cosas de letras, particularmente se mostraba y descubria más cuando se ofrecia tratar alguna cuestion nueva y no tratada de otros, y que tenía alguna grande dificultad; porque entonces parece que se despertaba, y echaba toda su fuerza con maravillosa invencion, disposicion y juicio. Así que, cuando trataba alguna cuestion antigua y tratada de otros, parecia que venia á los demas, y cuando declaraba alguna nueva, que se

venia á sí mismo. No solamente tenía acertado ingenio para las cosas sutiles y delicadas que se tratan en las escuelas, pero tambien en las otras de prudencia, como lo muestran los negocios que trató, muchos y de mucho tomo, con los papas y príncipes, y magistrados y repúblicas, y las consultas en que se halló, siendo él consultado, ó consultando él á otros cuando era prepósito general; en las cuales tenía juicio acertado, apartando la paja del grano, y lo que importaba de lo que no hacia al caso, y escogiendo siempre lo mejor. Finalmente, daba tanta luz con su parecer á lo que se trataba, que despues de haberle á él oído, no parecia que habia más que decir ni de qué dudar. En el hablar tuvo gran fuerza, y dón de desmenuzar é ilustrar las cosas de manera, que ahora disputase con varones doctos y examinase alguna cuestion sutil y delicada, ora predicase al pueblo y tratase cosas populares, era muy copioso y abundante, y declaraba las cosas difíciles con mucha facilidad, las oscuras con tanta claridad, que las ponía delante de los ojos, y las escolásticas y controversas en las escuelas con unas palabras tan comunes y tan propias, que la gente vulgar las podia muy bien entender; y esto hacíalo con una facilidad y felicidad de ingenio tan grande, que parecia que no le costaba trabajo ninguno, sino que se lo hallaba dicho como queria.

## CAPÍTULO XVII.

De las virtudes más señaladas que resplandecian en el padre Lainez.

Esta excelente doctrina, y maravillosa gracia de hablar y de explicar lo que queria, alcanzó el padre maestro Lainez con su grande ingenio y continuo estudio y ejercicio; pero mucho más con la oracion y meditacion, y con el cuidado que tenía de la puridad de su conciencia. Porque era hombre de grande oracion, y tan ejercitado en ella, que con mucha facilidad en todos los negocios que trataba, y cosas que se le ofrecian, grandes y pequeñas, prósperas y adversas, suyas y ajenas, hallaba á nuestro Señor, y levantaba su corazon destas cosas bajas y rateras á la contemplacion de las celestiales y eternas.

Examinaba muy á menudo su conciencia, y castigaba con rigor las faltas que en ella hallaba, aunque fuesen muy pequeñas; hacia mucho caso de los hombres devotos, simples y llanos, y trataba de mejor gana con ellos que con los letrados que no eran tales, y con la misma devocion leía los libros que no eran curiosos ni de cuestiones sutiles, y de doctrina muy exquisita, sino que dan documentos de virtud y avisos de devocion, y enseñamiento para la reformacion de la vida; y siempre sacaba dellos lo que le parecia más á propósito para su propio aprovechamiento ó de los otros.

Con haber sido de tan grande y de tan claro ingenio, y tan gran letrado (como habemos dicho), con todo eso, le probó nuestro Señor por algun tiem-

po á los principios, y le ejercitó con escrúpulos, que le afligieron mucho, para que él fuese más humilde en sí mismo, y más provechoso para los otros, curándolos desta dolencia, como cirujano bien acuchillado; mas esta probacion del Señor le duró poco tiempo.

Desde su niñez tuvo siempre aborrecimiento á todos los vicios, y más particularmente á los torpes y deshonestos; porque le dió Dios el dón de la limpieza y virginidad, en la cual le conservó hasta la hora de la muerte. Fué tan señalada esta merced, con que nuestro Señor desde niño le previno, que siendo ya mochacho, y oyendo decir aquellas palabras en el Evangelio de Cristo nuestro Señor: «El que quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz y sígame»; comenzó á pensar cuál sería la cruz más pesada que en esta vida le pudiese venir; y parecia que para él no habria otro mayor que el casarse y tomar mujer. De aquí vino á dudar si estaba obligado á casarse, para cumplir con esta doctrina del Señor, y llevar acuestas una cruz que á él le parecia intolerable; mas, como fué creciendo en edad y saber, él mismo se rió de su duda.

Resplandecia su ánima con esta joya de la castidad en tanta manera, que salian sus rayos fuera, y comunicaban al cuerpo su claridad y hermosura; porque le tenía tan sujeto y tan obediente á la razon, como si participara della, y no sintiera alteraciones y movimientos sensuales. Y parece que se podia decir del padre Lainez lo que Alejandro de Ales dijo del glorioso y seráfico doctor san Buenaventura, alabando su puridad: *Buenaventura non videtur in Adan peccare*; «Que era tanta la puridad y limpieza deste santo, que parecia que no habia pecado en Adan.» Pero, porque estas maneras de hablar y estos encarecimientos no son para historia, dejémoslos, y solamente digamos que fué muy señalado este dón de Dios en el padre Lainez, y que era tanta su pureza, que parecia que estaba en el estado de la inocencia.

Siendo mozo, y predicando en Roma con maravilloso fruto y admiracion, el demonio, que temia la guerra que el padre le habia de hacer, quiso derribarle; y para esto tomó por instrumento á una mujer hermosa y liviana, la cual se le aficionó tan desatinadamente, que revistiéndose de Satanás, sin tener cuenta con su honra, ni con la de nuestro Señor, ni con la cristiandad que profesaba, se fué al padre, y buscó modos para hablarle en gran puridad y secreto, y escupió la ponzoña que traía, declarando lo que pretendia con mucha desenvoltura y atrevimiento. Estuvo en este punto el padre Lainez tan sobre sí y tan sin turbarse como si fuera una piedra, y comenzó á predicarle y afearle su desvergüenza, y amenazarla con el castigo de Dios, y usar de todas las palabras graves que supo para compungirla y apagar el fuego que la abrasaba, de su ciega y desapoderada pasion. Mas, aunque él hizo por entonces esto, despues me dijo á mí que lo que se habia de hacer en semejantes

casos era atapar los oídos, y no fiándose de la castidad pasada, ni de otras pruebas de resistencias y victorias, levantarse luego el hombre de donde estaba, y dejar á la serpiente con el silbo, y á Satanás burlado, que por ella nos quiere engañar.

Fué muy amigo de la mortificacion y de toda aspereza y penitencia; y así, se disciplinaba á menudo, comia poco y sin ninguna curiosidad; su vestido era pobre y desaliñado; era amicísimo por extremo de la pobreza; nunca tuvo bolsa ni cosa cerrada, ni aún cuando era prepósito general, sino algunos papeles y cosas que tocaban á su oficio.

En los principios de la Compañía, no habiendo en la casa profesa de Roma algunos libros de que él tenía necesidad, se iba al colegio á pedirlos prestados; y siendo la persona que era, y tan conocida, él mismo se los traía debajo del brazo, aunque fuesen de tomo, sin consentir que el compañero se los trujese, por mucho que porfiase.

Era magnánimo y de esforzado corazon; todas las cosas percederas y momentáneas desta miserable vida las menospreciaba de manera, que parece las tenía debajo de los pies; ofreciase á los trabajos y peligros con grande ánimo cuando era menester; no cabía en él espanto de la muerte ni ningun género de temor. De los pobres llagados y enfermos de algun mal contagioso tomaba cuidado para curarlos con gran voluntad. En las tormentas y horribles tempestades de la mar, estando desmayados los muy valientes y esforzados, él se estaba con mucha paz y tranquilidad. En los caminos, andando de noche y de dia entre ladrones y herejes, con grandes peligros, era maravillosa su seguridad, y no menor su constancia en las adversidades, y en las peleas y contiendas que tuvo por la fe y por la verdad, en las cuales no tuvo respeto, ni á los enojos de los príncipes, ni á sus amenazas ni promesas, ni á otra ninguna cosa de las que suelen ablandar y trocar los corazones de los hombres. Mostró esto bien en las córtes de Francia y en el concilio de Trento, como se puede ver en lo que habemos referido. Tambien mostró esta misma fortaleza de ánimo en las persecuciones y trabajos que se ofrecieron á la Compañía, siendo general; á los cuales resistió varonilmente, deshaciendo con el resplandor de la verdad las tinieblas y falsedades que contra ella se oponian. En las enfermedades, muchas y muy graves, con que fué acosado por toda su vida, tuvo gran paciencia, y en la postrera, de que murió, grandísima; y (como dijimos) estando muy apretado della, nunca dejó, mientras que pudo, de predicar, y otras muchas veces, estando fatigado de la gota ó de otros dolores, se hacia llevar al púlpito; porque decia que el buen soldado de Cristo no ha de estar ocioso ni buscar descanso en esta vida, sino morir peleando y con las armas en las manos.

Esta grandeza de ánimo que tenía, era acompañada de una extremada y maravillosa humildad; siempre buscaba y abrazaba las cosas más bajas y

abjetas; mendigaba muy de buena gana, y sirviendo á los pobres en el hospital, se ocupaba con mucha alegría en los oficios más viles y despreciados. Acontecióle, siendo provincial de Italia, hacer camino con algunos hermanos novicios, que él mismo había ganado y traído á la Compañía, por darles ejemplo de humildad, y encenderlos más en la virtud y desprecio del mundo, él mismo los descalzaba y los hacía dormir en cama, durmiendo él vestido y recostado en una silla. Holgábase mucho con la conversacion de los hombres simples y llanos, y leía de buena gana los libros devotos y edificativos (como habemos dicho), aunque fuesen escritos con bajo estilo y poca elegancia de palabras.

Fué tan apartado de ambicion como se puede ver de lo que habemos contado. Estando casi desahuciado de los médicos, sin saberlo él, fué nombrado por vicario general, y despues por preposito general, muy contra su voluntad. La noche antes de su eleccion se disciplinó tres veces, gimiendo y llorando, y suplicando á nuestro Señor que le librase de aquella carga y oficio. Pasado el tiempo de su generalato, quiso dejar el cargo por la ocasión que arriba dijimos, y no paró hasta que la santidad del Papa le mandó que no tratase más dello. Fuera de la Compañía, huyó de las dignidades y grandezas que otros tanto precian y estiman. No quiso acetar el obispado de Mallorca, que el mismo obispo quería dejar y renunciar en manos del Papa para este efeto, ni el arzobispado de Pisa, que el Duque de Florencia le ofrecía. Del capelo que le quiso dar Paulo IV tuvo tan grande horror y espanto, que por eximirse y librarse dél, dijo y hizo lo que arriba queda referido, y también lo que pasó cuando supo que algunos cardenales habían tratado de hacerle papa y dádole sus votos para ello.

La humildad del padre Lainez por una parte, y por otra el ánimo generoso y fuerte, y despreciador de todas las cosas humanas, resplandecian más con su mansedumbre y dulzura de condicion; porque en sus costumbres fué muy religioso y grave; más la gravedad era mezclada con maravillosa suavidad, y con una blandura y afabilidad que robaba los corazones de los que le trataban; siendo á todos no ménos amable que admirable.

En la conversacion, con una singular destreza y gracia, se hacía todo á todos, y guisaba las cosas al gusto de cada uno, para ganarlos á todos para Dios; y como se juntaba esto con una experiencia universal de casi todas las cosas, podíalo hacer más fácilmente; y así, cuando hablaba con los religiosos, de religion; con los letrados, de letras; y con los príncipes, del gobierno del mundo; de la mercadería, con los mercaderes; y de la guerra, con los soldados; lo hacía tan aventajadamente como si se hubiera criado en cada una destas cosas sola; y con esto, todos le reconocían, y se maravillaban que debajo de aquel pobre manto que traía estoviese escondida tan grande sabiduría.

Esta blandura y mansedumbre le hacia también ser muy tierno y benigno y compasivo; porque era fácil en perdonar las culpas á los que les pesaba dellas, piadoso para con los afligidos, teniendo siempre abiertas las entrañas para recibir en ellas á todos los menesterosos y desconsolados. Acontecióle una vez, salido de Florencia, llegar á San Caxano, que es un pueblo que está ocho millas de Florencia, camino de Roma; y al punto que llegaba, vió llevar á ahorcar á un pobre soldado español de los que en aquella sazón estaban en la guerra de Sena; y reconociéndole (porque se había confesado en otro tiempo con él), le detuvo, y con sus buenas razones persuadió á los ministros de la justicia que suspendiesen la ejecucion della hasta que él despachase un correo y escribiese á los duques de Florencia sobre el caso; lo cual hizo, y aguardó en aquel pueblo la respuesta, y libró con su autoridad é intercesion de la muerte á aquel pobre hombre, y le dió las pocas blancas que le quedaban de su viático (que lo demás había gastado en despachar el correo), y le envió muy contento y consolado, y con nuevos propósitos de emendar su vida de allí adelante. Y aunque usaba con todos desta compasion y ternura, particularmente lo hacía con sus hijos y súbditos.

Pero la blandura era de manera, que no se olvidaba de la justicia y severidad cuando era menester usar della, como lo hacía comunmente contra los revoltosos é inquietos, y turbadores de la paz y concordia fraternal, y también contra los que le tocaban en carne y sangre, si andaban en algo torcidos; para dar en esto ejemplo á los superiores de la Compañía, de cuán descarnados han de estar de cualquiera afecto de carne y sangre, cuando se atraviesa el servicio de nuestro Señor y el bien de su religion.

Amó á todos sus hijos, de cualquier nacion que fuesen, igualmente, y á las veces regalaba más á los que eran de otra nacion; y procuró con todas sus fuerzas que en la Compañía no hubiese (como dice el Apóstol) bárbaro ni scita, italiano ni tudesco, frances ni español, portugues ni castellano; sino que todos fuesen una ánima y un corazón en el Señor.

Fuera de la Compañía, mostraba el mismo afecto con todos, y con los pecadores y hombres perdidos y desalmados que se venían á confesar con él, mucho más. A todos acogía y recibía con alegría, y con corazón de padre, acordándose del corazón de Dios, cuyo ministro él era, y de aquellas amorosas y paternales entrañas con que nos recibe y perdona cuando, con arrepentimiento y dolor de nuestros pecados, volvemos á él. Dos géneros de pecados no podía sufrir: el uno, de los que venden y compran beneficios, y con malas artes y mañas diabólicas tratan el patrimonio de Jesucristo, y con simonia y modos ilícitos se enriquecen de la sangre y del precio de pecados de los fieles. Destos me decía que temblaba cuando se querían confesar con él; y no los admitía, si no los

veía muy arrepentidos, y con deseo de emendar-se y hacer entera satisfacion de lo pasado. El otro era de los que, con nombre de religion, hacian guerra á la misma religion, y teniendo oficio de predicar el Evangelio, enseñaban doctrina contraria á lo que profesaban, y apartaban á los otros del camino de la virtud y verdad.

Tenia gran caridad y deseo de aprovechar á las almas (como de los trabajos y discurso de toda su vida se puede ver); no parece que se desvelaba ni pensaba en otra cosa, de noche y de día, sino en aprovechar á sus prójimos. Siendo preposito general, y estando tan ocupado en el gobierno de toda la Compañía, y en responder á tantas preguntas de cosas gravísimas que se le hacian, y á otros negocios públicos que cargaban sobre él, nunca dejó (como habemos dicho) de predicar y enseñar al pueblo, haciéndose llevar en peso al púlpito cuando por sus enfermedades no podía ir por sus pies, y también confesaba á algunos, y en fin, no dejaba cosa por hacer en ayuda de las almas. Y hacía con tan gran gusto y regocijo de corazón, que le oí decir que en el tiempo que andaba predicando y confesando por Italia, habiendo estado algunas veces ocupado en estos santos ejercicios todo el día, sin comer, y muerto de hambre y de frio, era tan grande el consuelo y la alegría que recibía su corazón en ver á los pecadores llorar sus pecados y convertirse de veras á nuestro Señor, que se olvidaba totalmente de sí, y le parecía que no había manjar que se igualase con éste, ni contentamiento en esta vida, que pudiese llegar al que una ánima herida y abrasada del amor de Dios, y celosa de su honra, recibe cuando el Señor con este pasto la sustenta.

Era en gran manera devoto de la Santísima Virgen nuestra Señora, y recibía muy grandes mercedes y favores della. La segunda vez que estuvo en Trento, estando muy flaco, y quebrantado de su quartana, y habiendo de hablar un día del pecado original, y de la inmunidad y pureza de la Virgen, y no teniendo fuerzas para ello, se excusó, y dijo que diría solamente cuatro palabras, pues su mucha flaqueza no le daba lugar para más. Y comenzando á hablar, y entrando en esta materia, se incendió de manera, y se halló con tan grande y extraordinario esfuerzo, que llevó la plática adelante, y duró tres horas, hallándose al fin della con más fuerzas y más alentado que al principio; lo cual él atribuyó al favor singular de la Madre de Dios; y así, por su aviso y acuerdo confirmó el santo concilio de Trento las *Extravagantes* (1), que Sixto IV había antes hecho en este punto de la concepcion de nuestra Señora. Finalmente, todas las virtudes parece que tuvo el padre Lainez muy subidas, y en cada una dellas se esmeró, como hombre á quien Dios nuestro Señor había escogido para hacerle una de las más principales co-

(1) Constituciones llamadas así por no estar incluidas en cuerpo de Derecho: *Vagantes extra Decreta*.

lunas de la Compañía, como lo fué en plantarla, dilatarla, establecerla, defenderla é ilustrarla con su ejemplo, consejo, doctrina y gobierno; y esto se puede ver por el discurso de su vida, que queda escrito. Él fué el que con sus sermones y excelente sabiduría derramó por todas las ciudades principales de Italia el suave olor y buen nombre de la Compañía. Él la dió á conocer en el tiempo que era desconocida. Él fué el que le dió opinion y crédito de erudicion con los resplandores que de la suya tan esclarecida por todas partes descubria. Él, con su pobreza y trabajos, sembró con lágrimas lo que sus hijos ahora cogen con alegría. La mayor parte de los colegios que tenemos en Italia, y se hicieron antes que él fuese general, él los fundó, ó por su causa se fundaron, ó con sus trabajos se establecieron y acrecentaron; la proteccion tan regalada que siempre ha tenido la Sede Apostólica de la Compañía, el padre Lainez en gran parte la mereció, sirviéndola él en cosas tan importantes, con tanto espíritu, prudencia y cuidado, y defendiendo con tanta fuerza y eficacia la autoridad desta misma santa Sede Apostólica. Y lo mismo digo de los cardenales y otros perlados de la Iglesia que se ganaron por su respeto y se aficionaron á la Compañía; y así, nuestro beatísimo padre Ignacio, que sabía tan bien estimar y pesar los merecimientos de cada uno della, un día, hablando á este propósito, me dijo estas palabras: «A ninguno de toda la Compañía debe ella más que al maestro Lainez, aunque éntre en esta cuenta Francisco Javier.» Y esto fué antes que el padre Lainez fuese general; que despues se pudiera aún mejor decir, y con más razon, por lo mucho que la Compañía se acrecentó en su tiempo (como esta historia lo ha declarado), y en el capítulo siguiente se dirá.

#### CAPÍTULO ÚLTIMO.

La: provincias que de nuevo se instituyeron, siendo general el padre Lainez.

Con la multiplicacion de tantos colegios que se hicieron en todas partes en el tiempo que fué general el padre maestro Lainez (como habemos visto), fué necesario, para que mejor se pudiesen gobernar, multiplicar también las provincias; y así, se dividió la provincia de Italia en las dos de Lombardia y Toscana, y en España la de Castilla en otras dos, que fueron la de la misma Castilla y la de Toledo, como queda referido. Y por la misma causa la provincia de Francia se partió en la que ahora propiamente se llama de Francia y en otra de Aquitania. Y la provincia de la inferior Germania se dividió en la que ahora llamamos de Flándes, ó Alemania la Baja, y en la provincia del Rheno; y de la provincia de Alemania la Alta, se hicieron la de la misma Alemania la Alta y la de Austria. De manera que habiendo nuestro padre Ignacio dejado, cuando murió, doce provincias fundadas de la Compañía (que son las de Portugal, de Castilla, de Andalucía, de Aragon, de Italia, de Nápoles, de Sicilia, de Alemania la Alta, de

Alemania la Baja, de Francia, del Brasil y de la India Oriental, como lo escribimos en su vida), el padre Lainez añadió otras cinco, que son la de Toledo, la de Aquitania, la del Rheno, la de Austria, y por una que ántes era la de Italia, las dos de Lombardia y Toscana, á las cuales podriamos añadir la

sexta, que es la de Roma, la cual, aunque sin nombre de provincia, en su tiempo gobernaba el mismo General. Pero despues acá, para descargarle deste trabajo y cuidado, se ha juntado la provincia de Toscana con la romana, y debajo deste nombre es gobernada por su propio provincial.

FIN DE LA VIDA DEL PADRE LAINEZ.

## INTRODUCCION

Á LA HISTORIA ECLESIASTICA

# DEL CISMA DE INGLATERRA.

LA *Historia del Scisma de Inglaterra* (1) por RIVADENEIRA es una de las obras más populares de España, como lo acredita el gran número de ediciones que de ella se han hecho. Puede asegurarse que por espacio de dos siglos fué precisamente el libro por donde se conocieron en España las sangrientas escenas de aquella revolucion. Con todo, el libro no es enteramente original. Nicolas Sander (2) habia escrito la historia de aquellos tristes sucesos, y el PADRE RIVADENEIRA habia, en parte, sido testigo de ellos, durante los cinco meses de su estancia en aquel país, segun queda dicho en su biografía. El libro de Sander comprendia hasta el año 1587, y en 1588 ya lo publicaba RIVADENEIRA, vertido al castellano y aun mejorado, pues cortaba algunas digresiones inútiles, añadía noticias interesantes, y en vez de sujetarse á dar una traduccion servil, por el contrario, la refundia de tal manera, que hizo un libro *original* y puramente español. No hay que temer el que se confunda este libro con las versiones, que en todos tiempos ha solido hacer el *servum pecus* de los traductores.

Buen testigo es el padre fray Luis de Granada, que fué el informante para la ejecutoria de nobleza literaria á favor de RIVADENEIRA, pues en su carta de 15 de Agosto de aquel mismo año expresa que nada dice de su estilo, porque es el peculiar de RIVADENEIRA, y necesitaria tenerlo para elogiar la obra. Conviene insertar aquí esta carta, malamente omitida en las várias ediciones hechas despues de 1604.

Muy reverendo en Cristo padre: No sé con qué pueda servir á vuestra paternidad el cuidado que tiene de regalarme con el fruto de sus trabajos, y particularmente con esta *Historia de Inglaterra*, que la tengo por muy semejante á las historias sagradas, donde se cuentan tambien, como aquí, los desafueros de los malos reyes, y el estrago de la religion en tiempo de Manassés y Sedequías, y en el primero de los Macabeos. Todo el libro pasé de tabla á tabla, y lloré muchas lágrimas en algunos lugares dél, mayormente en la muerte de la Reina de Escocia. Tienen aquí grandísima doctina los privados y consejeros de los reyes, donde verán cumplido lo que se dice: *Malum consilium consultori pessimum*. Y verán cómo las pretensiones de subir á lo alto con artificios y medios humanos, sin temor de Dios, vienen á dar grandes caidas; que aquel malaventurado arzobispo Volseo, no contento con el lugar á que el mundo le habia levantado del polvo de la tierra, aspiraba á ser papa. Nuestro Señor pague á vuestra paternidad el trabajo deste libro, que ha de hacer gran fruto doquiera que se leyere. Del estilo no digo nada, porque sé nació con vuestra paternidad, y *ése habia yo menester para saber alabar esta obra*; y por no decir tan poco della, concluyo suplicando á Nuestro Señor more siempre en el ánima de vuestra paternidad. De Lisboa, á trece de Agosto de mil y quinientos y ochenta y ocho años.—FRAY LUIS DE GRANADA.

Salió á luz aquel libro por primera vez en Madrid, en 1588, y habiéndolo ya leído fray Luis de Granada en 15 de Agosto, claro está que debió principiarse la edicion en 1587, y acabarse en la

(1) Así intituló su libro el PADRE RIVADENEIRA aun en la edicion de 1604; pero luégo, en vez de *scisma*, principiaron á imprimir *cisma*.

(2) El PADRE RIVADENEIRA le llama Sanderó, pues la P. R.

tinizaba o quizá españolizaba los nombres propios ingleses, tanto de sujetos como de pueblos. En la mayor parte de ellos la reduccion es fácil; en los que ofrezcan alguna dificultad se salvará ésta por medio de notas,